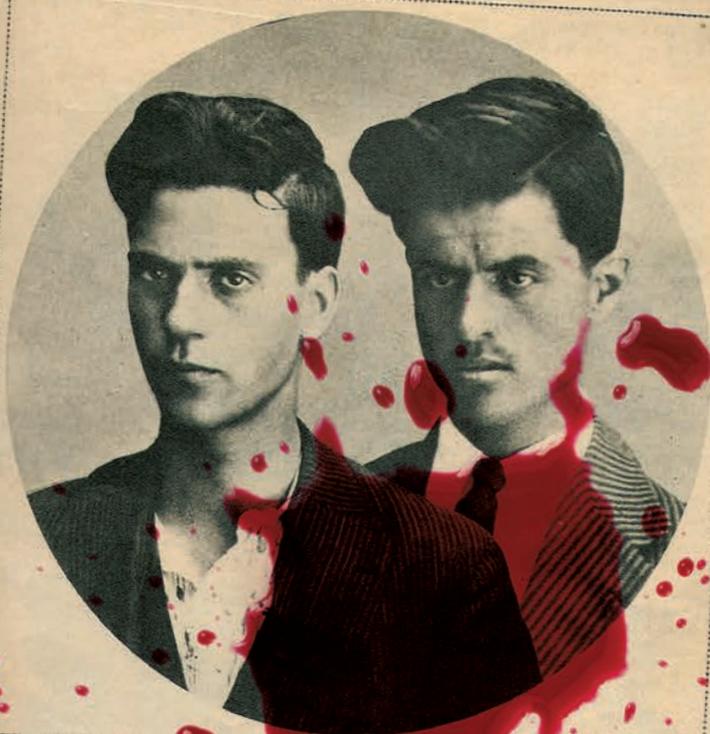


Francisco Pérez Abellán

Los crímenes más famosos de la Historia

23



Julián Ramírez Rosas y Leandro Infesta, autores del bárbaro asesinato del tabernero Mariano Mejino, y que al confesar su crimen ante el juez se han declarado también autores de la muerte de la encajera lagarterana Luciana Rodríguez, perpetrada hace meses en la Vereda del Soldado, término de Carabanchel

FRANCISCO PÉREZ ABELLÁN

LOS CRÍMENES MÁS FAMOSOS
DE LA HISTORIA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Imágenes del interior: © Alfonso Sánchez, AESA, © GTRES, © Oronoz-Album, Colección particular, © Cabalar/EFE, © Biblioteca Nacional, © Luisma Guerra/*Diario de León*, © *El Mundo*, © Lavandeira jr-EFE, © Joan Puig-*El Periódico de Catalunya*, © Andreu Dalmau-EFE, © Israel Sánchez-EFE, EFE, © Hakon Mosvold Larsen-Pool-AP Photo-Gtres Online, © Robin Townsed/EFE, AP/Gtres Online, © Joshua Trujillo, *Seattle Post-Intelligencer*, pool/AP, © MG/EFE, © Bettmann/CORBIS/Cordon Press, © Boris Roessler/Pool/Reuters/Cordon Press, © Luis Tejido-POOL-Efe, *Abc*, © Serrano-jgb-EFE, Archivo *Abc*, © Cecilio-*Abc*

© Francisco Pérez Abellán, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2016
Depósito legal: B. 2.714-2016
ISBN: 978-84-08-15203-3
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Gráficas Estella
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Índice

Comprender los crímenes para no repetirlos 13

PARTE I

CRÍMENES QUE FASCINARON A LAS GRANDES PLUMAS

1. Asesinato en el Eslava
El crimen que Francisco Umbral no supo explicar 19
2. La Viuda Negra de L'Hospitalet
El crimen que narró Gironella 33
3. El crimen de Don Benito
Los asesinatos que Baroja no se atrevió a escribir 43
4. El crimen de la calle Fuencarral
El misterio que Galdós no supo contar 57
5. Los crímenes del Sacamantecas
El asesino que inspiró a Pardo Bazán 69
6. La tragedia de Níjar
Las Bodas de sangre de Lorca 81

PARTE II
ASESINATOS EN FEMENINO

7. Venganza en León
Las asesinas de la presidenta del PP 91
8. Lucha por la custodia
La abogada que mandó matar a su marido 101
9. El peor de los crímenes
Los asesinos de la niña Asunta 109
10. La estafa de los seguros de vida
Angie, la asesina de la peluca 121
11. Con plaza de garaje y trastero
Carmen Badía, la asesina que buscaba piso 131
12. «Tengo que hacerte más daño del que me has
hecho tú»
Paquita, la Muerte, una Medea moderna 141
13. La muerte llama a la puerta
Encarnación Jiménez, asesina de ancianas 149

PARTE III
ADICTOS A LA MUERTE

14. Pánico en Utoya
Breivik, un lobo solitario en Noruega 159
15. Falsa misericordia
Joan Vila, el Ángel de la Muerte de Olot 169
16. ¿Quién puede matar a un niño?
Garavito, un asesino de menores en serie 181
17. El hombre que no quería pagar a las prostitutas
Gary Ridgway, el asesino de Green River 191

PARTE IV
CRÍMENES INCLASIFICABLES

18. ¿Criminal o enfermo?
Andrés Rabadán, el Asesino de la Ballesta 205
19. El recluso que más años ha pasado encarcelado
William Heirens, el Asesino del Pintalabios 213
20. Asesino busca víctima en Internet
Armin Meiwes, el Caníbal de Rotemburgo 227
21. Mentiroso compulsivo
Juan Carlos Aguilar, el falso monje shaolín de Bilbao 237
22. Un crimen con muchas incógnitas
Vilarchao, el asesino del periodista de sucesos 247
23. Los sucesos de Casas Viejas
La pesadilla de Azaña 255
24. Dos asesinos sueltos en Carabanchel
El asesinato del Arroyo de las Pavas y el crimen de la encajera 269
25. Un macabro experimento
Aurora Rodríguez y su muñeca Hildegart 277

Asesinato en el Eslava

El crimen que Francisco Umbral no supo explicar

Aunque Umbral y yo nunca acabamos de congeniar, lo cierto es que cuando falleció empecé a sentir una horrible orfandad, y confieso que colecciono todos sus libros, que leo, releo y recomiendo.

Sin embargo, el gran Paco desbarra en *Las palabras de la tribu*, su personal repaso a las figuras literarias españolas del siglo XX, cuando se refiere a los protagonistas del que pasaría a la historia como el crimen del Eslava: «Luis Antón del Olmet me parece que había matado a alguien. Vidal y Planas triunfó con su novela/comedia *Santa Isabel de Ceres*, que era una novela de putas. La protagonista era su mujer». Creo que se agitaría en su tumba si supiera que cometió el mismo error que el gobernador de la provincia de aquel tiempo, Navarro Reverter, que metió la pata hasta el corvejón cuando, al informar del crimen al duque de Almodóvar, ministro de Gobernación, le dijo que el muerto había sido Vidal y Planas, quien, en realidad, había sido el asesino. El gobernador, como Paco, se enteró al revés.

Pero empecemos por el principio, ya que el crimen del Eslava, como no podía ser de otra manera, fue un asesinato de brillantez teatral, a unos pasos de las candilejas, falso y fatuo como una comedia. Los protagonistas: Luis Antón del Olmet, gran escritor y periodista, que murió a manos de Alfonso Vidal y Planas, drama-

turgo y novelista. El momento: pasadas las tres de la tarde del 2 de marzo de 1923. La causa: un tiro por la espalda. El espacio: el despacho del Teatro Eslava de Madrid.

Luis Antón del Olmet, el primer protagonista, fue un maestro de la crónica de sucesos y un autor extremadamente prolífico que dejó, a su temprana muerte con solo treinta y ocho años, decenas de libros y numerosos artículos. Entre sus crónicas más celebradas está la dedicada a Enriqueta Martí y Ripollés, conocida como la Vampira de Barcelona, personaje tan real como escalofriante. Entre sus libros de más éxito encontramos la hagiografía dedicada a Segismundo Moret, el masón que fuera amigo del general Juan Prim. También escribió un libro sobre José Canalejas, presidente del Consejo de Ministros asesinado a tiros en la Puerta del Sol, en el que presentaba la escandalosa tesis de que el asesino podría haber sido ni más ni menos que Pablo Iglesias, fundador del Partido Socialista.

Bilbaíno y nacido en 1886, Del Olmet era un tipo robusto con fama de impulsivo, mujeriego y pagado de sí mismo. Uno de los episodios que mejor ilustra su carácter sucedió en 1920, cuando siendo diputado a Cortes designado por el conservador José Sánchez Guerra, retó a duelo al director del diario católico *El Debate*, Javier Bueno. Por aquel entonces, los duelos estaban ya prohibidos en España, por lo que su bravuconería le costó nada menos que una regañina del mismísimo obispo de Madrid. Al margen de sus impulsos duelistas, Luis Antón del Olmet era también dramaturgo, además de fundador y propietario de un diario: *El Parlamentario*. Un diario que, por cierto, se vendía tan poco que cuando el invierno era crudo se quemaban en sus oficinas, para combatir el frío, los ejemplares antiguos y hasta los libros que mandaban los autores para la crítica. Paradójicamente, por allí había aparecido también, de vez en cuando, Alfonso Vidal y Planas, quien, envuelto en su viejo gabán color ceniza, que le

quedaba muy ancho sobre el cuerpo flaco, parecía un espantapájaros azotado por el viento.

El futuro asesino de Del Olmet era un escritor mediocre nacido en Santa Coloma de Farners (Girona) el 1 de febrero de 1889; hijo de militar, y de familia numerosa (tuvo siete hermanos), fue criado por su abuela. Alfonso Vidal y Planas alcanzó el éxito inesperadamente con su novela autobiográfica (convertida posteriormente en obra de teatro) *Santa Isabel de Ceres*, en la que relataba su enamoramiento de Elena Manzanares, una conocida mujer de la calle Ceres, a la sazón, un conjunto de casas bajas que albergaban un gran prostíbulo. Esta conocida vía de Madrid fue derribada en 1925, cuando se iniciaron las obras del tercer tramo de la Gran Vía. Pío Baroja la describió en su novela *Aurora roja*, en la que hablaba de mujeres bravías que se gritaban de una punta a otra con la colilla en la boca, e incluso propuso cambiarle el nombre por el de Amor. La actual de Librereros coincide en parte con su recorrido.

Curiosamente, el del Eslava no fue el primer asesinato que se cruzó en la vida de Vidal y Planas. Un año antes de matar a Del Olmet, Vidal estrenaba en el Teatro Cervantes de Almería una obra protagonizada por Conchita Montes. El día del estreno, el exmarido de esta, un militar en activo, se presentó en escena armado con un revólver que disparó contra su esposa. Ella trató de eludir su destino parapetándose tras el joven cartelista de la función, un chico de dieciséis años, pero aquello no detuvo al asesino, que disparó igualmente. Las balas atravesaron al chico y alcanzaron a la actriz, provocando la muerte de ambos. El crimen se produjo, paradójicamente, durante una función que se había anunciado «con gran verismo y escenas de violencia», por lo que la muerte de Conchita en pleno escenario fue recibida con una gran ovación del público puesto en pie. Tuvo que ser el muchacho quien, malherido, saliera a escena arras-

trándose y ensangrentado, al grito de «Son balas de verdad», para sacarles del error.

Pero volvamos al Teatro Eslava donde, el día de autos, se estaba ensayando una obra de Del Olmet, *El capitán sin alma*.

Poco antes de las tres de la tarde llegó al teatro Vidal, a quien nada más entrar le entregaron una postal que había recibido allí mismo, dado que era autor de la casa. Vidal cruzó unas palabras con el actor Crespo:

—¿Sabes si vendrá Antón?

—Sí. Viene todas las tardes.

Y, sin más, se metió a esperarlo en el saloncillo junto a la contaduría del teatro, frente a la puerta del Pasadizo de San Ginés que da acceso al escenario. El actor Crespo, que hacía uno de los personajes de *El capitán sin alma*, salió a escena. Poco después irrumpió allí la actriz Corona muy excitada, dando terribles gritos: «¡He oído un disparo y gritos de socorro!». Todos los presentes se lanzaron hacia el despacho. Allí encontraron a Acisclo Gil, el empleado de la contaduría, y a Vidal y Planas, que tenía la pistola humeante en la mano y salió al pasillo diciendo:

—He matado a Antón. Que llamen a la policía

El actor Carlos Baena se abalanzó sobre él para quitarle el arma, lo que provocó un disparo accidental que, afortunadamente, no hirió a nadie. A continuación, le preguntó a bocajarro:

—¿Qué has hecho, Alfonso?

—Lo he matado. Se metía mucho conmigo. Decía que estaba loco. Perdonadme.

Según la edición de noche del *Heraldo de Madrid* de aquella fecha, Del Olmet, trabajador, por cierto, de ese diario, había llegado al Eslava a las tres en punto de la tarde. Vestía impermeable

de hule negro, traje oscuro y sombrero flexible. El portero le advirtió de que Vidal le esperaba en el saloncillo, y hacia allí se dirigió Antón sin temer nada, confiado. Acisclo Gil afirmaría después que los había oído discutir:

—¡Te metes siempre conmigo!

—¡Alfonso, no te pongas nervioso!

—¡Eres un canalla y te voy a matar!

Al oír tanto alboroto, el contable se acercó a ver lo que pasaba. No le dio tiempo a llegar cuando oyó el disparo. Varios actores se arrojaron a auxiliar a Del Olmet. El primero fue Pérez de León. Dicen que el herido, muy grave, le dijo: «León, me muero. Me ha matado». El herido fue sacado en volandas a un coche que le trasladó a la Casa de Socorro, en la calle Navas de Tolosa. Lo acompañaba el actor Vázquez, a quien dicen que un moribundo Del Olmet le dijo: «¡Acaba de matarme, Vázquez! ¿No ves que me ahogo?». En aquel coche también iban otros actores del Eslava, el guardia Florencio Fernández y el escritor y amigo del finado Pedro Luis de Gálvez.

El parte facultativo, firmado por los doctores Ignacio Bolívar y José Cañamaque, junto con el ayudante Anastasio Gómez, decía: «Antón del Olmet, de treinta y ocho años, con domicilio en Lope de Rueda, 15, falleció víctima de una herida de arma de fuego con orificio de entrada por debajo de la axila izquierda. La bala recorrió una trayectoria de arriba abajo y de atrás adelante, hasta la fosa ilíaca derecha, quedando el proyectil a flor de piel. La herida era mortal de necesidad». Se le puso una inyección de aceite alcanforado para reanimarlo, pero resultó inútil.

Se conserva una fotografía de Del Olmet en la Casa de Socorro tirado en una camilla con el impermeable negro con el que fue visto al entrar en el Eslava, el traje oscuro y los botines de charrol. Pálido en extremo, muerto, exangüe, pero como si estuviera dormido, sin rictus de sufrimiento.

El mismo Pedro Luis de Gálvez que lo acompañó en el coche, y que moriría, a su vez, fusilado por asesinar gente de derechas, relató que solo asistieron a velarlo en el depósito de cadáveres «un amigo» (el propio De Gálvez, al que Valle-Inclán inmortalizó, por cierto, en *Luces de Bohemia* pidiendo limosna con su hijo recién nacido muerto en una caja de zapatos) y una vieja criada. La esposa, Mercedes Aznar, no fue a besarlo, ni tampoco su hermana.

Aunque hay que reconocer que Luis de Gálvez no es muy de fiar. El relato del velorio corresponde a una crónica publicada el 20 de mayo de 1926, tres años después, en el número 31 del semanario *El Escándalo* (que se editaba los jueves y costaba treinta céntimos), una suerte de lacrimógena venganza con recuerdos del asesinato que vivió en primera persona.

Sin embargo, en el momento del asesinato y en su papel como redactor jefe de *El Parlamentario*, el mismo De Gálvez dijo del difunto que le gustaba mucho el dinero, el «billete grande», y que era egoísta y codicioso, aunque remataba su artículo con un «no tuvo agonía. Era hermoso, y la muerte se lo quiso llevar sin afearlo». El artículo tenía por título «A Luis Antón del Olmet no lo mató Vidal y Planas», lo cual cuesta creer teniendo en cuenta que la víctima había recibido un disparo a quemarropa por la espalda. De Gálvez, un tipo inteligente y con fama de sablista, intentaba hacer creer a sus lectores que a Del Olmet lo mataron «los invisibles», o «si lo prefieren, se mató él mismo». Aunque con idéntica tranquilidad afirmaba que «Claro que bebí aquella noche, si no, muero de pena».

Hasta aquí los hechos probados, pero sobre lo ocurrido allí se contaron muchas mentiras, todas interesadas, lo que hasta cierto punto explicaría la confusión de Umbral.

La mayor de todas es que hubo forcejeo entre el corpulento Del Olmet (retratado por Juan Manuel de Prada como un hombre muy violento en *Las máscaras del héroe*) y el flaco Vidal y Planas. El primero habría agarrado al segundo por el cuello, y el otro, confundido y asustado, habría sacado la pistola para intimidarlo. Disparo accidental y desgraciado accidente. Un relato que no encaja para nada con las pruebas a nuestra disposición. La fotografía del cadáver de Del Olmet lo muestra con el impermeable que vestía al llegar al Eslava, lo que demuestra que no le dio tiempo a quitárselo. El disparo que lo mató salió de una pistola Star de calibre 9 mm. Estas pistolas eran conocidas como Sindicalistas por ser las favoritas de los pistoleros de la CNT, quienes solían emplear las de calibre 6,35, más pequeñas, que llevaban atadas a la cintura con una cuerda y ocultas en la pernera del pantalón. En caso de «necesidad», accedían al arma mediante un agujero practicado previamente en el bolsillo. Vidal y Planas disparó a Del Olmet a quemarropa con la Sindicalista sin darle oportunidad de defenderse, pero intereses políticos y avatares históricos permitieron que tan abyecto crimen pasara sin pena ni gloria y que Vidal y Planas, tan mal asesino como escritor, fuese considerado más víctima que verdugo.

Después de los hechos, Vidal fue detenido por dos guardias, aunque solo uno de ellos, Gabriel Santos, y Carlos Baena le acompañaron en el coche a la Dirección General de Seguridad. Durante el trayecto, el acusado se dedicó a soltar frases incoherentes que trataban de justificar lo que había hecho. Fue la misma versión que dio a la prensa, que, siguiendo con las mentiras interesadas de este caso, presentó los hechos de la siguiente manera: «Que [Vidal] le reprochó su comportamiento a Del Olmet y ante sus reproches respondió el otro intentando agredirle de obra, y entonces, asustado, y para defenderse, sacó una pistola, sin tener en un solo momento el propósito de la muerte [...]». No se pue-

de hacer una narración más favorable para uno que acaba de disparar por la espalda a un hombre desarmado.

Para entender esta postura hay que acudir a la política sectaria del momento.

Del Olmet mostraba una ideología abiertamente de derechas. Había escrito una hagiografía de Alfonso XIII y por eso, aunque colaboraba con Vidal y Planas, que estaba afiliado al sindicato anarquista CNT, era visto con recelo por parte de la intelectualidad de izquierdas.

Pero no era ese su único defecto. Su ya citado amigo Luis de Gálvez decía del difunto que, en realidad, era un veleta en temas políticos, porque en la línea editorial de *El Parlamentario* cabían desde el conservadurismo de Dato (que también moriría de un disparo desde una moto con sidecar junto a la Puerta de Alcalá) hasta el federalismo progresista de Barriobero. Una versatilidad política que le restaba credibilidad: en la Gran Guerra fue primero germanófilo y luego aliadófilo. El «amigo» De Gálvez (que con amigos así no hacen falta enemigos) también afirmaba que «a los dos días de trabar amistad con alguien, sentía la necesidad de acuchillarse con él», y que fue un «mozo crudo», «probablemente a medio cocer, algo cocho». No contento con semejante enumeración de virtudes, acude a Ángel Samblancat y Salanova, autor de *XIII veces canalla*, para acabar de crucificarle: «[Del Olmet] Era un diletante, un artista de la guerra y la baja. [...] Provocaba con la mirada, la sonrisa, con la pluma, con la injuria más vejadora». Y sigue De Gálvez con temple: «Luis [del Olmet], por egoísta, era medroso, por medroso, bravucón, y procaz. [...] Como Prudencio Iglesias, fachada; el paredón granítico, blasonado, imponente de un palacio vacío». Añade que tenía «más piernas que tórax». Y lo definitivo: «Al que juzgaba tío de redaños no lo zahería nunca». Dos veces afirma que anduvo a puñadas: con Juan Carranza y con Basilio Álvarez, abad de Beiro.

El mismo De Gálvez cuenta que a espaldas de Vidal y Planas, «el joven triunfador» Del Olmet despotricaba de él y de su obra dramática: «Alfonso es un idiota con sombra, solía decirme». Y no estaría tan equivocado cuando el Teatro Eslava había tenido que quitar de la cartelera la obra *Los gorriones del Prado* de Vidal por ruinosa.

Y es basándose en ese conocimiento de la relación de ambos autores por lo que De Gálvez se atreve a presentar su propia hipótesis sobre la noche de autos: «Si hubiera sido asesinarlo el propósito de Vidal y Planas, si, como tanto se ha repetido, mató por miedo: a la entrada de Luis, que iba deslumbrado por el sol, pudo lograrlo sin riesgo de perecer él, como estuvo a punto. Una palabra afectuosa, un gesto cordial, una excusa siquiera bastaba a desenojarle. Antón, por el contrario, lo toma del cuello, lo zarandea, lo cubre de injurias... Con Alfonso puede sacar el macho: Alfonso no tiene músculos, ni tórax, ni hiel; es un niño débil, un gracioso pelele. Y lo abate y lo cruje como a una caña el viento. Sintién dose matar el desventurado, trabajosamente, angustiosamente, se arma de la pistola y, en un esfuerzo último por libertarse, rueda al diván en los brazos de su agresor... Queriéndolo Alfonso, no hubiera podido dispararle: contra su pecho cóncavo de tuberculoso, apretado el formidable, convexo, pétreo del victimario... En la caída la mano de Vidal golpea el muro, y la pistola se le dispara... El tiro le entra a Luis por la espalda...»

Por suerte, a estas alturas ya conocemos lo bastante al «amigo» Pedro Luis de Gálvez como para saber que relata los hechos sin haberlos presenciado (él mismo confiesa que, pese a estar en el Eslava, fue retenido en el pasillo por el periodista Ricardo Sancho), con la única intención de perjudicar la memoria del que fuera su jefe y compañero de aventuras teatrales (escribieron juntos una obra, *Los caballos negros*).

Sí que tenemos la certeza, en cambio, de que Del Olmet había estado la noche anterior con Vidal y Planas y su compañera sentimental, Elena Manzanares. Estuvieron en el Café de Plate-rías y se despidieron tarde, a las doce y media, cuando la pareja dejó a Luis en el Lion d'Or. Podemos sospechar que Del Olmet no trataba bien a su colaborador De Gálvez, ni tampoco a Vidal y Planas, con el que también había escrito una obra, *El señorito Ladislao*. También es posible que Del Olmet, que era un seductor lleno de vida que mascaba los puros con la tenaza de sus dientes, le tirara los tejos a la señorita Manzanares. Muy posible. Hay quien afirma que fue Del Olmet quien presentó a la pareja cuando llevó a Vidal a la casa de citas donde trabajaba ella. Sin embargo, Vidal y Planas, que era un hombrecito triste, encerrado en sí mismo y con pocas dotes de conquistador, albergaba un gran rencor contra Del Olmet, que acababa de estrenar en el Eslava después de la cancelación de su obra *Los gorriones del Prado*, a los pocos días de su estreno. Él, que había llenado el Eslava seis meses seguidos con su éxito *Santa Isabel de Ceres*, sustituido de manera fulminante por Del Olmet. El rencor había crecido hasta convertirse en ira y aquella ira le había empujado a comprar la Star de 9 mm que llevaba cargada y escondida.

El hecho de que Del Olmet fuera encontrado con el impermeable puesto y que la trayectoria de la bala fuera descendente demuestra que Vidal lo pilló de espaldas, sentado y a traición. Un acto de cobardía contra un hombre desarmado. Ni lucha ni forcejeo. El relato del también rencoroso De Gálvez no es más que mala literatura firmada por un hombre que acabó sus días vengándose a tiros de todos sus conocidos católicos y de derechas y que acabó, como no podía ser de otra manera, ante el pelotón de fusilamiento el 30 de abril de 1940. Hay quien le adjudica más de 2.000 asesinatos durante la Guerra Civil y, aunque seguro que fueron muchos menos, algunas de las acusaciones son muy con-

cretas, con nombres y apellidos. De nada le sirvió salvar a celebridades como el escritor Emilio Carrere o al guardameta Ricardo Zamora. Gómez de la Serna dejó escrito en sus *Retratos contemporáneos escogidos* que decidió huir de Madrid el día en que vio a De Gálvez andar por la calle con mono de miliciano, dos pistolas al cinto y un máuser al hombro. El periodista Miquelarena lo retrata como un energúmeno y un asesino en *El otro mundo*, y Pío Baroja, sin nombrarlo, lo retrata como el Bohemio en *Miserias de la guerra*, y lo acusa de asesino.

Aunque es obvio que el tiro que mató a Luis Antón del Olmet solo se pudo hacer colocando la pistola debajo del sobaco izquierdo del finado, a cañón tocante, el relato del disparo fortuito del borrachín de De Gálvez hizo fortuna entre sus colegas de bronca y taberna. Y no fue el único. El periodista Luis Araquistain, en un artículo publicado al día siguiente del crimen, responsabilizaba de este a la impotencia del débil ante el fuerte. Vidal y Planas afirmaba que Del Olmet le había provocado. Para «defenderse» sacó una pistola comprada siete meses antes y, entonces, Luis soltó una de sus manos de su cuello para cogerle la muñeca con el arma, lo que provocó el disparo. Esta versión tan ramplona e increíble obtuvo también gran predicamento antes del juicio.

La boda en la prisión Modelo entre Elena Manzanares y Vidal, celebrada el 16 de marzo por consejo del abogado de este, también contribuyó, sin duda, a reforzar la imagen de inocencia del pobre escritor.

En el juicio, celebrado el 12 de mayo de 1924, en el que el letrado Alberto Valero Martín defendía a Vidal y Planas, este declaró que Del Olmet se entendía con su mujer y que aquello le sacó de quicio, pero que el disparo fue fortuito. Elena Manzanares confesó que Del Olmet había sido su primer protector a los catorce años, cuando se había visto obligada a ganar el sustento complaciendo a los hombres. Después le había presentado a Al-

fonso diciéndole que podría sacarle dinero. Sin embargo, surgió el amor entre ambos y fue entonces cuando Del Olmet quiso recuperar las relaciones con Elena, cosa que Vidal y Planas rechazó al enterarse.

El tribunal condenó al autor del disparo, por el cargo de homicidio, a doce años y un día de prisión y a indemnizar con 100.000 pesetas a los herederos de la víctima. A continuación, fue ingresado en el penal de El Dueso, en Santoña. Ya allí, y solo un año después de lo ocurrido, Vidal también quiso dar su versión de los hechos en forma de novela: «Fui al Eslava a pedir un palco y a preguntar por el Sr. Del Olmet, para suplicarle que me devolviese un acto que le había entregado la noche anterior. He de advertirles que el Sr. Del Olmet y yo regañábamos amistosamente con frecuencia. Entonces él me insultó y yo me atreví a contestarle, y él me abofeteó y me agarró con violencia por el cuello, mientras injuriaba a mi madre y me decía que mi novia era cosa suya. Yo le llamé entonces miserable y saqué la pistola, para asustarle y lograr así que me temiese y soltase. Pero sus manos de atleta me ahogaban, y yo le advertí como pude, noblemente: “Suelta o disparo”. Y él me soltó para desarmarme y matarme con mi pistola, y me cogió la mano que empuñaba el arma cuando yo iba a disparar al aire y salió el tiro —el primero, el único que de mis manos ha salido—. Cuando él retrocedió, yo salí despavorido y, como creía que la bala no le había tocado ni herido, dije no se qué palabras en mi lógica exaltación. Pero cuando el actor del Eslava D. Ricardo de la Vega me aseguró que el señor Del Olmet estaba malherido, yo me horroricé y pedí perdón...». De nuevo, el relato no concuerda en ningún caso con las pruebas forenses, claro.

Sin embargo, en la calle se gestó una fuerte campaña en favor de su indulto, que consiguió que Alfonso Vidal y Planas solo cumpliera tres años y cuatro meses de pena. El escritor salió de la

cárcel en perfecto estado e incluso él, que era más bien enteco, lucía gordo y lustroso. Tras un tiempo entre Madrid y Barcelona, emigró a Estados Unidos, donde dicen que llegó a doctor en Metafísica y catedrático de Literatura Española en la Universidad de Indianápolis; sin embargo, fue expulsado del país a causa de su crimen y se instaló en Tijuana (México). Allí murió en 1965 tras una larga enfermedad.